

CARLOS WYNTER

Título de la obra: Ocupaciones solitarias que al final no lo son tanto.
Seudónimo: Roberto

Índice

El profesor y la secretaria
El corredor
La empresaria
La esteticista y el conserje

La peor forma que encontrarás de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener.

Gabriel García Márquez

El profesor y la secretaria

Roberto enseñaba música en un colegio prestigioso. No fue algo que planeó. Duró muchos años *like a rolling stone*, tocando con bandas o como solista en locales nocturnos. Deseaba ser músico y si hubiera podido pagar la renta con su arte, no se habría convertido jamás en profesor.

Florecita se había divorciado y sus labores como secretaria, además de las que requerían un manojito de hijos, acaparaban todas sus horas. De su exesposo no quedaban luces. Alguna vez fue joven, aventurera y un poco casquivana. Pero no podía permitirse ningún riesgo en estos días. La seguridad de su empleo era un ancla que la salvaba de zozobrar. Le permitía sostener materialmente a los *comearroz* que alegraban su apartamento y sentirse segura.

Roberto y Florecita trabajaban en el mismo lugar, cada uno cumpliendo con las funciones que les correspondían. Tímidos escondían una fuerte atracción por el otro. No permitían que fuera visible. Y disfrutaban solo imaginando su amorío, sin hacerlo realidad.

El deseo por Florecita fue creciendo en Roberto poco a poco. Soñaba con ella de una manera cada vez más nítida. Normalmente, estas fantasías se quedaban fuera del espacio de la vida normal. Pero, con el tiempo, se hizo más difícil distinguir la línea que separaba realidad de sueño.

En las tardes, después de sus labores docentes, Roberto gastaba las últimas horas del día calificando exámenes y preparando el material del día siguiente. Florecita asistía al director hasta que el sol se escondía. En cuanto terminaban, con otros empleados grises, se reunían en cualquier lugar donde pudieran beber unas copas y reírse de lo que les diera la gana.

La lámpara era un restaurante que se convertía en bar cuando anochecía. Hasta allá viajaron un día acera abajo. En caravana, encallaron. Compraron güisqui en las rocas, ron con coca cola, margaritas, cervezas. Florecieron después de haber sido sepultados por paladas de estiércol: regaños del jefe, urgencias laborales, presiones. Atracaron necesitados de un salto que no acabara en caída. El alcohol habría de ayudarlos a sentirse ingravidos y flotar en el aire.

El grupo se sentó en torno a una mesa redonda y, por momentos, fueron niños que cabalgaban en un carrusel. Las bebidas giraron vertiginosas. Las bebieron demasiado rápido y esto los despojó de máscaras.

Alguien insinuó que Roberto babeaba por Florecita. Pero ella lo negó con pudor:

—No inventen bochinchas.

El implicado, no obstante, la contradijo. Parecía urgido por sincerarse.

—A ver—declaró mientras colgaba los brazos en los bordes de su silla—, la señora Florecita y yo somos pareja.

El silencio los envolvió con la espesura del aceite. A algunos se les escaparon risitas; creyeron que la declaración era una broma. Florecita miró a Roberto con escándalo.

—¡Más respeto, profesor, que yo no le he dado motivo para que me vacile!

—Florecita, Florecita, contémoslo de una vez. Ya lo imaginan.

Esto dejó a todos asombrados y divertidos, menos a Florecita.

Y el profesor diría más:

—Florecita y yo, para que lo sepan, nos hemos jurado amor eterno.

No pudo continuar. Una cachetada cruzó su rostro como el relámpago quiebra el cielo. Segundos después, Florecita abandonó La lámpara dando taconazos. Nadie, incluido Roberto, se atrevió a hablar más. La noche se fue como riachuelitos de lluvia por las alcantarillas.

Llegó el siguiente día. Roberto entró a la escuela para cumplir con una nueva jornada. Cuando los profesores llegaban al plantel, debían firmar una lista de asistencia que permanecía afuera de la oficina del director, en el escritorio de Florecita. Mientras Roberto se apresuraba para cumplir con este requisito, recibió el rabioso silencio de ella. Sintió en el alma el callado rencor.

—Florecita...—alcanzó a decir.

—Nada de Florecitas—dijo ella cortante y entre dientes.

La miró con ojos de borrego en matadero. Pero el barquito de papel de su mirada no halló puerto. Finalmente, se hundió.

Ese día, no impartió las clases con el entusiasmo acostumbrado. Lo usual era que las aderezara con sus sueños de músico, como si sus alumnos pudieran alcanzar la fama. Él mismo recordaba su pasado con más esplendor del que tuvo. Pero hoy no sabía en qué creer. Dudó de

sus pensamientos. No en pocas ocasiones se mostró ensimismado. Escapaba de la realidad por leves grietas.

Cuando llegó el receso, se refugió en el salón de profesores y comenzó a mordisquear un emparedado. Bebió una Coca Cola que arrancó a una máquina expendedora. Como dormido, masticó y bebió. Se sumergió en un duermevela breve.

De golpe, Florecita apareció a su lado. Estaban solos en la sala de profesores y ella se pegó a él. El profesor aprovechó para pedirle aclaraciones:

—¿Qué te pasa conmigo, Florecita? ¿Me quieres o no me quieres?

—Shhh—Lo silenció—. De lo nuestro hay que hablar bajito porque no existe. Camina de puntillas.

Él la calló con un beso que no halló oposición. Ella se deshizo en el aire. Los brazos de Roberto se encontraron con la nada.

—No es real—razonó él—. Definitivamente, no es real.

Se dispuso a regresar a su salón de clases. Caminó hasta la salida del aula de profesores. Comenzó a empujar la puerta, pero ésta se movió en sentido opuesto. Alguien estaba entrando. La puerta avanzó en su contra y apareció Florecita.

—¿Qué rayos te pasa, Roberto, por qué me besas?!—Y volvió a abofetearlo.

Pero ella no tardó en darse cuenta de que no habían estado en el mismo sitio hasta entonces. El beso había ocurrido en un lugar inexistente.

Cuando llegó la tarde, se dirigieron a La lámpara. Roberto y Florecita no llegaron juntos, sino perdidos entre los demás empleados. Un hilo etéreo, sin embargo, los unía. En la Lámpara, se sentaron lejos uno del otro. Oyeron a los demás sin escucharlos. Se dedicaron a pensarse.

—Imagina—soñó ella que él decía.

—¿Sí? —contestó ella en el sueño de él.

—¿Estás aquí?

—Estoy aquí.

Y se tomaron las manos. Y se dieron otro beso. Y ninguna de las personas que los rodeaban supo de la profundidad de su amor.

El corredor

Cuando llegó la madurez, el cuerpo de Oliver engordó. Fue como si se hubiesen amontonado llantas y más llantas alrededor de él. La anatomía pagó mal a quien nunca la había atacado con algún vicio.

Detener el aumento de las libras fue muy difícil. Oliver tuvo que, con inquebrantable voluntad, limitar sus desayunos, almuerzos y cenas. Y aún eso no fue suficiente. No le quedó más remedio que adoptar un régimen de ejercicios.

La idea no era caer en vanidades ni aferrarse a una belleza superficial. Deseaba simplemente recuperar la flexibilidad de cuando era joven y envejecer dignamente. Racionalizó que sus esfuerzos buscaban favorecer su salud. Estar delgado alejaría enfermedades como la diabetes, el exceso de colesterol y de triglicéridos. Plantarle cara a la decrepitud la frenaría.

Cualquiera que hurgara un poco en sus emociones, sin embargo, encontraría que lo motivaba algo más. Quería, pura y simplemente, la aceptación de los otros. Y encontrar, por qué no, a alguien especial. Nunca había conocido a nadie para él. Y los años seguían su andar inexorable. Asumía que un viejo solitario no se adaptaría a otra persona.

Encontrar el amor, por tanto, era una carrera contra el tiempo. Y adelgazar significaba contar con más años para hallar a una mujer que conviniera. Pero ni él mismo estaba consciente de la emoción que escondía.

Llegó el momento en que, una voz convincente, mezcla de infomerciales vistos y escuchados, le susurró:

—Oliver, tú tienes que correr. Corre mucho. Hay algo que te persigue y créeme, no deseas que te alcance—Y Oliver hizo caso.

Su casa estaba en lo más alto de una loma. Era un chalé chico y si cabe el adjetivo, risueño; de alguna manera irradiaba alegría.

Lo que más disfrutaba de su casa era que, por las mañanas, trinaba un pájaro peculiar. El pájaro aparecía junto a su ventana. Tal pájaro le recordaba los sonidos de un columpio que no hubiese sido engrasado. No creía que alguien más pensara de aquella manera. A ninguna otra persona debía recordarle el ave lo que a él.

A medio kilómetro de la casa había un parque. En él, varios circuitos de *jogging* se trababan como argollas sobre las que un mago hubiera impuesto sus pases. Estos círculos se iban hundiendo entre árboles frondosos y formaban un laberinto. Muchas personas se daban cita ahí y corrían. Hasta allá fue a dar Oliver.

Vestido con una camiseta deportiva y pantalones cortos y zapatillas de corredor, se plantó en el principio de la pista más frecuentada. Una línea marcaba el kilómetro cero. Sacó de su bolsillo una banda toallera que, con rápidos movimientos, ciñó a su frente. En su expresión aguerrida, pudo leerse la intención de no claudicar, pasara lo que pasara.

Por el primer par de kilómetros, la situación fue muy pasable. A pesar de la vida sedentaria que había llevado, a Oliver no le afectó el ejercicio. No sintió fatiga ni la respiración le faltó. Iba bien. Pasado medio kilómetro más, ocurrió algo inesperado. Una mujer de apretadas carnes se fue acercando mientras corría como desesperada. Su atuendo dejó una estela que Oliver vio de reojo. Las palabras ESTAR EN FORMA O MORIR, que llevaba estampadas en su camiseta, se desdibujaron por la velocidad de la carrera. Al emparejarse y, de inmediato, rebasarlo, ella le gritó:

—¡Vamos, no falta mucho!

La respiración entrecortada enredó sus palabras. Y Oliver, quien tenía a flor de piel el miedo de hacerse viejo, interpretó mal lo dicho:

—¡Vamos: nos alcanza Cucho!

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. ¿Quién era ese Cucho que estaba por alcanzarlos? No había tiempo para pensar. Oliver, casi sin darse cuenta, obligó a sus cortas piernas a ser aspas de molino; aceleró el paso.

Tras la mujer, apareció una pareja, hombre y mujer, que prácticamente volaba.

—¡Sigamos hasta la meta! —lo animaron.

Otra vez, el mensaje fue mal entendido:

—Sigamos: ¡Cucho está a la vuelta!

Otra vez Cucho. Aunque parecía imposible, Oliver corrió más aún. Un verdadero pánico lo azuzaba. Se volteó un poco para descubrir qué era lo que se aproximaba. Pero no pudo ver más allá de un centenar de metros.

No había pasado un minuto cuando un quinteto de corredores, como estampida de búfalos, casi lo arrolló. Cantaban a la par de su marcha:

—¡Uno, dos y tres! ¡Nadie nos podrá detener! ¡Cuatro, cinco y seis! ¡las libras vamos a perder!

Pero, otra vez, Oliver tradujo mal lo que oyó:

—¡Uno, dos y tres! ¡Miedo debemos tener! ¡Cuatro cinco y seis! ¡Quién nos podrá socorrer!

¡Dios santísimo! Oliver estaba a punto de caer desmayado. El aire comenzó a faltarle. Se comía el viento como un pez boquea fuera del agua. Pero prefería morir de un infarto que detenerse. Así de grande era su terror.

Se cerró ante él una curva de árboles y setos frondosos. Comenzó a girar luchando contra la fuerza centrífuga. Se dio cuenta de que nadie se acercaba ya para rebasarlo. Le preocupó haberse quedado de último. Los demás, podía sentirlo en las tripas, se habían ido.

Sintió la imperiosa necesidad de alcanzar a alguien, a quien fuera. No podía quedarse solo. Aprovechó una larga recta para ganar distancia, usar sus últimos respiros para avanzar. Adelante se asomaba un remanso y lo que creyó el fin del circuito. Sin darse cuenta, soltó un grito ahogado:

—¡No me dejen atrás! ¡No me dejen solo! ¡Viene Cucho!

Habría de llegar un desconsuelo mayor: no era el fin del trayecto, sino otra vuelta. La desesperación comenzó a tragárselo. Sin tener nada más que dar, se detuvo.

Sudoroso, derrotado y aún con el nudo del miedo atorado en la garganta, caminó lentamente. No podía ya huir.

Pocos minutos después, escuchó pasos. Se volteó bruscamente, temiendo lo peor. Pero solo era una mujer de poca estatura y regordeta, con una bandana roja que le cruzaba la frente y relucientes zapatillas de deporte. Marchaba sin ninguna prisa.

—¿También te dejaron atrás? —preguntó Oliver.

—Sí. No puedo seguir corriendo.

—Igual yo.

Como no la vio preocupada, se relajó por completo.

—¿Y no tienes miedo?

—¿Por qué?

Él miró el sendero que había quedado como serpiente tendida tras ellos.

—A que *Cucho* nos alcance.

Ella tenía mal el oído y no escuchó bien. Oyó:

—A un medicucho ignorante.

Creyó que hablaba de lo mismo de siempre: ser gordo afecta la salud y demás cantaletas.

—¡Bah! Lo que tenga que ser, será. ¿No te parece?

La frase envalentonó a Oliver. ¡La sensatez había hablado! Si dos personas convenían en una idea, era verdad. Ya no se sentía abandonado por la manada: tenía su propia manada. Sonrió. Sin que fuera evidente, disminuyó el paso para que la mujer lo alcanzara. Ella tampoco fue obvia cuando se emparejó con él. Comenzaron a caminar juntos como por casualidad.

Anduvieron por un ciento de metros ignorándose el uno al otro. Olvidaron los peligros que supuestamente los acechaban. Ya se preocuparían después.

De pronto, se oyó un trino y ella dijo explosiva:

—Ese pájaro suena como un columpio sin engrasar.

La empresaria

Recorrías tus veintes y estabas en el campus de la universidad. Frente a ti se acostaba una alfombra vasta de pasto muy verde. Alguien te había herido con una traición. En tu estómago se revolvían emociones desagradables: rabia, tristeza y orgullo. Justo en ese momento tomabas la decisión de no dejarte lastimar otra vez. Decidías, te obligabas a, convertirte en un cubo de hielo. Un chico se paró delante tuyo e intentó trabar conversación. Pero ya era tarde: habías alzado muros invisibles que te protegían de los demás. Estabas al pie de un árbol y tus libros de Matemáticas y Administración permanecían tendidos como flores de grandes pétalos. A un lado, otra flor enorme: tu sombrero preferido, uno rojo.

El jovencillo que se había acercado era tan frágil como lo habías sido tú. Se había refugiado en una esquina del campus hasta que decidió caminar hasta ti y entablar una conversación contigo: se arriesgó como quien abandona una isla y bracea en el mar crispado. Tú lo harías ahogarse. No lo viste como una persona específica, sino como todos los que alguna vez te habían dañado.

—Hola—te dijo.

—Estoy ocupada, ¿no ves?

Lo espantaste. Y te convertiste en la niña que piensa:

—Ya no podré salir a jugar, pero tampoco saldré lastimada.

Aceptaste la prohibición y diste la estocada final al chico que se tambaleaba en lo más alto de sus delgadas piernas.

—¿No escuchaste? ¡Estoy ocupada!

Se fue, desilusionado.

Desde entonces, te volviste huraña. Tus cicatrices habían dejado la piel callosa. Pero también te hiciste más, como llamarlo, resuelta. Comenzaste a entender los engranes secretos de las máquinas.

Una vez obtenido el título universitario, te contrataron en una empresa prestigiosa. Obtuviste un excelente salario. Escalaste posiciones hasta adquirir estatus y poder. Las oficinas que ocupaste contaban con el brillo de los metales cromados y el frío de una granizada.

Compraste trajes de colores oscuros, con botones y ojales cual ojos y párpados de cíclope. Obtenías lo querido a voluntad. No era difícil. Ni siquiera dependía de lo que hicieras. Se trataba de que tú misma fueras dúctil como masilla: dúctil y confiable. La máquina debía seguir imparable no importa qué.

Ahora estás en tu apartamento *penthouse* de una zona de clase alta. Permaneces sentada en un sillón de cuero negro, vestida con una bata de seda que se entreabre mientras tus brazos descansan a ambos lados del cuerpo. Tu postura es señorial a propósito: te sabes señorial.

Está llegando la hora de dormir: diez de la noche, todos los días. También te levantas en horario fijo, seis de la mañana, como un reloj. Esta noche, sin embargo, te sientes tentada a romper tus propias reglas y permanecer despierta más tiempo. Presientes que las diez de la noche será el umbral de un circo. Imaginas un interesantísimo espectáculo.

Pero acaba siendo más apremiante el cansancio y te diriges trastabillando a la cama tamaño King. Caes rendida en ella.

La jornada del día siguiente transcurre con normalidad. Eres la emperatriz absoluta en el reino de brillos metálicos y frialdad. Quienes te asisten dan vueltas alrededor de ti, cruzan pasillos y entran en cubículos como si estuvieran en el laberinto de un hormiguero y fueras la hormiga reina. Una vista panorámica pinta los ventanales. Sientes que la ciudad es tuya.

Regresa la noche y reaparece la urgencia por permanecer despierta pasadas las diez. Algo ocurrirá justo a esa hora, estás segura. Los números digitales del reloj, al ir cambiando, te provocan la misma fascinación que la luz al insecto.

Te prometes entrar a la carpa del circo. Cruzas las piernas con fuerza para espantar el sueño. La bata de seda apenas se agita con tu leve respiración. Llegan las diez de la noche y cruzas la entrada. Escuchas pasos apenas afuera de tu apartamento. Al ruido le siguen los pitidos casi musicales de la cerradura electrónica, el crujido leve de la puerta que abandona su marco. Reconoces el modo en que *tú misma* entras. Te ves aparecer. Solo te diferencia de ella el modo de vestir. Reconoces un jean, la camiseta, el rojo sombrero y las zapatillas. En el fondo, no te sorprende verte llegar: no te cuesta creer que *otra tú* lleva una eternidad apareciendo mientras duermes. Tu doble

tampoco se ve sorprendido. Avanza hacia ti sin apuros, un paso a la vez. Se sienta casi enfrentándote. Te imita cruzando una pierna sobre la otra como quien anuda los cordones de una zapatilla.

—Había una sola regla: no lastimarte a ti misma. Era así de simple.

—¿Perdón? —la interrumpes.

—¿Estás consciente de lo mucho que te haces daño? ¡Esto es peor que el desprecio de mil novios!

—Te equivocas. He triunfado.

—No. Solo has dejado de *sentir*.

Guardas un silencio confundido. Tu seguridad mengua.

—Me he olvidado de mí misma—reflexionas—. Me olvidé de *ti*.

—¿Y hasta ahora te das cuenta? —se burla la otra—. No debiste dejarme tanto tiempo en las sombras. Alguna vez nos prometimos no caer en estas trampas —. Y agita el sombrero rojo por sobre su cabeza, como si estuviera en un rodeo y montara un caballo que da coces.

Algún recuerdo recuperas, pero de manera difusa.

—Íbamos a ser siempre libres—evocas con palpable nostalgia, como si estuvieras a punto de llorar—. Pero ya no quise estar contigo.

Callan.

El silencio que nace entre ambas te preocupa. Deseas que la comunión que inconscientemente atrajiste no cese. Hablas. Dices cualquier cosa. Es como si intentaras evitar *su* enojo:

—¿Quieres un chocolate caliente? Tengo chocolate francés.

—Una propuesta interesante. Me importa poco si es yugoslavo o parisino: tomémonos ese chocolatito.

Pronto están en una pijamada como de adolescentes. Conversan cual amigas que se perdieron la pista por años y necesitaran ponerse al tanto de lo vivido.

Pero no ha pasado mucho tiempo cuando acaban perdiéndose entre las sombras del sueño. Te duermes.

A la mañana siguiente, despiertas más tarde de lo acostumbrado. Cumples con el gris ritual de prepararte para trabajar, pero de una manera menos apresurada, sin presionarte mucho.

—Hay fuerzas que no controlas; ellas te harán navegar segura—te había dicho la doble.

Arropada por esta seguridad, te subes a tu Mini Cooper rojo y navegas entre el tráfico matutino como tortuga marina entre tiburones.

Cuando llegas a tu laberinto de cristal, te encuentras con que tu pequeño retraso ha provocado avalanchas. Tu cliente más importante requirió de tu presencia urgentemente. Tu falta le provocó pérdidas financieras.

—Ya verá—le dices por teléfono y con absoluta tranquilidad—que esto es parte del proceso natural de la vida.

Puede palparse la perplejidad al otro lado del teléfono. ¿Realmente está hablando contigo—se pregunta el cliente—, la más agresiva negociadora financiera? No te responde nada, pero una vez cuelga, se comunica con sus socios y cuestiona tus facultades mentales.

Al mediodía, tomas mucho más tiempo del habitual para tu lunch. Te vas a la bahía y caminas bordeándola por más de dos horas. A tu regreso, te ves feliz y renovada, pero dos clientes más han necesitado de tu ayuda y no estuviste disponible para ellos.

La voz se corre rápido en el implacable mundo de los negocios (*negar el ocio*, de eso se trata). En un par de semanas, tu cartera de clientes disminuirá significativamente. La empresa irá cuesta abajo. Pero la noche y tu amiga recuperada te esperan y no piensas dejarlas plantadas.

En tu *penthouse*, desempolvás tu ropa de antes. Encuentras el sombrero rojo que tanto usabas. Tu apariencia es juvenil otra vez. No pensaste que podrías sacudirte los años de encima, pero eso es exactamente lo que hiciste.

Sales de tu apartamento. Te subes a tu Mini Cooper rojo y abandonas los estacionamientos del moderno edificio. Vas hundiéndote en la ciudad, siguiendo las curvas cerradas de sus calles siempre descendentes.

Al fin, encuentras un bar restaurante que se llama La lámpara y decides entrar en él. Alrededor de las mesas circulares hay personas que huyen del día. Eres la única que viste un sombrero rojo y eso los confunde y alegra. Así lo quieres, ser única y refrescante.

La noche te envuelve, te sientes empapada de la tú que adora los sombreros rojos. Es como si te hundieras en ti misma. El viaje nocturno habrá de repetirse por semanas hasta dejar de ser quien eras (y volver a ser quién habías sido). Dejas de ser dos: te vuelves la de antes.

Dos meses después, la junta directiva te despide. Ya se habían tardado.

Pasado otro mes, al no poder cumplir con la mensualidad de tu *penthouse*, te mudas a un apartamento pequeñísimo. Vendes tu Mini Cooper rojo y compras un modelo verde y austero de la Nissan.

Dejas de despertarte a las seis de la mañana. O a las siete. U ocho. A veces, abandonas la cama hasta bien entrada la tarde. Tus excursiones nocturnas te desvelan hasta mucho después de las diez de la noche. Nada es seguro ahora. Vives un día a la vez. No tienes promesas que se cumplan siempre.

Tus noches son cruzadas por amores pasajeros. Uno, otro, otro más. Al principio, disfrutas las aventuras. Son como montañas rusas para tu diversión. Duermes con los hombres que deseas, envuelta por sus mareantes encantos.

Habrás pasado un año, sin embargo, cuando el treintavo—¿o era el cuarentavo? — de estos hombres te deja un amargo sabor en la boca, un sabor que es un recuerdo. Vuelven las desilusiones que creíste superadas: vuelves a ser tan frágil como la chiquilla de universidad.

—Quédate—ruegas una madrugada a tu amante.

Fijas en él tu mirada. Te pegas a su cuerpo. Él te rechaza con delicadeza, se levanta y continúa vistiéndose. Sonríe como si tu comentario fuera ligero, un juego de parranderos que quieren alargar la noche.

Embute las piernas en el pantalón y te mira de reojo, con una sonrisa pintando su cara. Se cuelga de medio cuerpo la camisa.

—Quédate—repites.

Y ahora, sí, contesta:

—Nos veremos en unas horas, en otra noche.

Deja la habitación. Oyes el ruido que emite la puerta al cerrarse. Te das cuenta de que tu vida corre por una pendiente pedregosa, cuesta abajo. Ha regresado el dolor. Deseas, otra vez, convertirte en un perfecto cubo de hielo.

Después de otra jornada de trepidante fiesta, te duermes con el dolor incontrolable latiéndote dentro.

Alguien comienza a observarte dormir. Quien te observa es como una madre protectora e implacable.

En tu sueño, sin saber por qué, te prometes despertarte a las seis. Sospechas que una puerta se abrirá a esa hora.

Después de varios días, logras estar de pie a la hora temprana. Seis de la mañana en punto. Te incorporas decidida. Parpadeas varias veces para que tu mirada se aclare.

Al borde de tu cama descubres una *tú* vestida con traje oscuro, sus piernas estrechamente cruzadas. El cabello peinado perfectamente. Una sonrisa de calculada satisfacción se dibuja en su rostro. Dice:

—He vuelto.

Ha vuelto, piensas. Y sientes, de pronto, que comprendes a la perfección los engranes de las máquinas.

La esteticista y el conserje

Guillermina es llamarada que incendia todo a su alrededor. Parece fuego que consume velozmente líneas de pólvora. Así de viva está.

En su apartamento clasemediero, incrustado en la planta alta de un edificio de la ciudad, se levanta a la vez que sale el sol. Toma cuatro vasos de agua para hidratar su cuerpo. Prende su *Smart Tv* y sintoniza en *Youtube* las sesiones de Yoga que prefiere. Completa diez series de posiciones con Saludos al sol y, en cuanto la instructora dice *Namasté*, comienza a hacer *push ups* o lagartijas. Estas son seguidas por ranitas o sentadillas. Cuando acaba, la pantalla negra del televisor parece una mirada que pregunta si se ha tenido suficiente.

No. En absoluto. Guillermina se apresura a abrir la puerta de su apartamento y comienza a convivir con el mundo. Baja los escalones con pasos cortos. Sus pies se derraman como en efecto dominó. Luego, se monta en su carro europeo, un mini Cooper rojo que compró en remate a una empresaria en quiebra—de otro modo, no habría podido costearlo—, y maneja hasta un circuito para jogging que le queda cerca.

Ahí recorre una decena de kilómetros en pocos minutos. No son pocas las veces que lleva una camiseta estampada con las palabras ESTAR EN FORMA O MORIR, frase que desdibuja la velocidad de su paso.

Al regresar a su hogar, sube hasta su piso con marcha decidida. Entre las cuatro paredes de su apartamento prepara platillos orgánicos y dietéticos como si se teletransportara de un lugar a otro por la cocina, cual ovni.

Desayuna y, después, se dirige al salón de belleza del cual es dueña. Ahí da la impresión de llevar a cabo, perfectamente y a la vez, millones de tareas. Juanita, René y Sarita, sus empleadas, se maravillan con su dinamismo:

—No sé cómo lo hace la señora, pero no se le escapa ni una.

Guillermo, su vecino, es el polo opuesto. Parece un muerto en vida. Es fuego, sí, pero fuego oculto. Fuego que arde en las profundidades del alma y se asoma apenas con un levisimo reflejo de los ojos.

Trabaja como conserje en el edificio donde vive Guillermina. Es poeta en su tiempo libre. Nada de eso le garantiza una economía holgada, pero nada, tampoco, le da tantas horas de tranquilo pensamiento.

Nada le da nada, en realidad, porque él no busca ni encuentra. Todo lo cambia por la lectura tranquila de algún poema melancólico en una noche lunar.

Su única obsesión, aparte de estas pretensiones de artista, es ver a Guillermina surcando el pasillo en fugaz vuelo. ¿Por qué le atrae tanto? Su Guillermina es más fantasía que verdad. Y Guillermo está perdidamente enamorado de la Guillermina que sueña.

Ella también está locamente enamorada, pero de sí misma. La preocupación por lo que se puede tocar la aleja de un hombre que, al perderse tanto en su propio interior, no toca nada.

Ella es demasiado, cómo decirlo, *cosa*, y él una sustancia etérea. Él vive en el olvido de los otros, mientras ella lo hace pensando en qué dirán los otros. Él se distrae y no suele estar ni siquiera en su cuerpo. Y sus dedos se estiran para alcanzar un espectro que, por esos muros que levanta la realidad, nunca podrá tener.

Viven a varios pisos de distancia. Ella, en un apartamento del tercer nivel. Él, en el sótano—como si flotara ella sobre el otro. Una escalera es el puente levadizo entre ambos reinos.

La otra cercanía es sus nombres: él Guillermo, ella Guillermina, Guillermo y Guillermina: No puede decirse que sean amigos, pero ella recurrirá a él en su peor momento.

Pronto, gracias a lo mucho que trabaja y lo bien que administra sus ingresos, Guillermina tiene el dinero suficiente para que el mejor cirujano plástico de la ciudad le agrande senos y nalgas. Sanada la cirugía, se mira al espejo y considera que la obra de Dios fue mejorada. Se siente divina e invulnerable.

Pero llega el día en que se levanta a la vez que el sol, hidrata su cuerpo bebiendo un litro de agua, practica Yoga, completa sus series de ejercicio físico y desayuna con frugalidad. Baja las escaleras haciendo que sus pies se derrumben. Y sale a la calle para ir a su salón de belleza,

como siempre, aunque el día será como nunca.

Y cuando está a punto de cruzar la puerta de su local, cae de las alturas un pedazo de cemento. Le parte el cráneo. El cerebro se asoma en su cabeza como ravioles a la boloñesa en un plato. El edificio no había tenido un adecuado mantenimiento y cayó uno de sus pedazos de improviso. Ni modo.

La conmoción de los transeúntes es grande. Uno llama con su teléfono celular a la ambulancia. Decenas se arremolinan alrededor de la mujer herida, pero solo un par sirve para evitar la muerte de la desgraciada: el que llamó a la ambulancia y otro que, cuando ha llegado el vehículo hospitalario, ayuda a subir a la infortunada hasta la camilla.

Guillermina llega con vida al hospital. Un médico y su pléyade de enfermeras se amontonan alrededor suyo—los paramédicos, urgidos por otra emergencia, la olvidaron en cuanto pasó de la camilla a la cama. Su mal estado no promete nada bueno. Para colmo de males, notan que su seguro médico no está al día—la cirugía plástica drenó sus recursos hasta agotarlos. El médico no se esfuerza mucho: no ve grandes esperanzas de salvación y sabe que el trámite de cobro lo enredará con un complicado papeleo. Hace muy poco por la moribunda antes hermosa.

El corazón deja de latir. Inyectan al cuerpo sustancias reanimadoras y le administran descargas eléctricas. Nada funciona. A la par que el cuerpo muere, el alma se asoma por la rajadura en la cabeza. Como el genio de Aladino, comienza a estirarse liberada. Pero, al ver el cuerpo perfecto que esculpió el bisturí, regresa al cadáver hecha sombra de la vanidosa Guillermina.

Esa misma noche, la morgue está en silencio. De repente, un ruido delgado raya la oscuridad. El metal de una plancha se comba y vibra. Un cadáver ha incorporado su torso completo. Guillermina, de algún modo, aún puede moverse. Consciente de lo extraño que es tener sus facultades intactas, decide que nadie debe verla. Solo confía en unas pocas personas. Sabe de alguien que le guarda la devoción suficiente para recibirla. Sabe que puede contar con la atracción sobre él para obtener su ayuda.

Comienza a recorrer los pasillos de la morgue con la idea de escabullirse sin ser vista.

Alcanza la avenida. Su energía sigue siendo apabullante: ha conservado su férrea determinación. Eso ha hecho que los músculos de su cuerpo, aptos para los deportes, le obedezcan y lleven de un lugar a otro con rapidez. Las sombras y soledad de las calles la ocultan. Solo la cubre la sábana blanca que tapaba su cuerpo muerto en la tabla mortuoria. Pronto se agota la decena de cuadras que la separan del que fue su hogar.

Está frente a la puerta de entrada. No hay una videocámara que identifique a quienes llaman por el intercomunicador, así que nadie puede verla. Logra que un vecino distraído y trasnochado descuide su propia seguridad y active la cerradura eléctrica. No pierde tiempo e ingresa al edificio. Sabe que le basta subir las escaleras para quedar frente a su apartamento: es un camino que bien conoce. Pero no se dirige allá. No hay nadie ahí. Le interesa Guillermo, quien la admira tanto. Él la recibirá, aunque esté muerta. Después de todo, salvo la rajadura que tiene en la cabeza, su belleza permanece. Así que, en vez de escalar hasta su piso, se hunde peldaño a peldaño hasta llegar al sótano.

Toca la puerta del conserje. Espera y vuelve a tocar. A distancia moderada, se oye un colchón que chirría. Dos pies palmean el piso. Se escuchan pasos. Para su buena suerte, Guillermo no es meticuloso en nada y abre la puerta sin encender las luces. Para Guillermina es fácil deslizarse entre la axila de él y el marco de la puerta y colarse en el apartamento.

Guillermo, sorprendido, golpea el interruptor y la luz inunda la salita. Ahí está ella medio cubierta por la sábana. Termina de descubrirse en parte, sin mostrar la cabeza reventada. Guillermo ve solo el hermosísimo cuerpo desnudo y tiembla.

—¿No te habías muerto?

Ella solo responde:

—No tanto.

Él se desploma en un sillón y ella se envuelve otra vez con la sábana. De inmediato, se sienta en el sofá.

«Así que se murió, pero no tanto», piensa Guillermo.

Como si adivinara sus pensamientos, ella se explica:

—Mírame: la carne es perfecta.

Los poemas melancólicos son recordados por él. Lo que creyó siempre de la vida y la muerte se

hace confusión.

—¿No se supone que todos los muertos van hacia una luz? Solo tenías que ir hacia la luz. Dicen que la luz seduce a todos.

Ella vuelve a alabarse a sí misma: alaba su cuerpo.

—Mírame: la carne lo merece.

—Yo habría querido ir hacia la luz, si es que de verdad hay una luz—murmura él. «Está pegada a su cadáver», piensa.

Y se le ocurre un poema sobre un muerto fraudulento.

«Debes aprender a entrar al Cielo por la puerta delantera».

Y comprende que Guillermina no es la que soñó, que es de carne y hueso: solo de carne y hueso.

—Mírame—repite ella—: la carne es suficiente.

Y él responde con una seguridad inesperada:

—No.

La certeza se tambalea. ¡A ella le pesa tanto la opinión de los otros! Hace un puchero de niña consentida, se desmaya y descansa en paz.